

Fuentes Díaz, Antonio (Ed.). (2012). *Necropolítica: violencia y excepción en América Latina*. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Ernesto Treviño Ronzón

Doctor en Ciencias

Instituto de Investigaciones Histórico Sociales, Universidad Veracruzana

Uno de los aspectos más complejos de las sociedades contemporáneas emerge de las nuevas dinámicas y modalidades de violencia experimentadas en diferentes ámbitos de la vida; la intensificación, así como la des y reterritorialización de la violencia, la agresión y la criminalidad han tenido impactos asimétricos en cómo se experimentan en la producción de los vínculos sociales. Esto ha planteado fuertes retos a quienes participan en el campo de las ciencias sociales; para enfrentarlos, muchos académicos nos hemos venido ocupando, con mayor o menor precisión, de los recursos conceptuales con que estudiamos e intervenimos, como individuos y colectivos, en la gestión, el gobierno, el castigo, la prevención y la producción de los sujetos, de la sociedad y de sus instituciones.

En este contexto, términos como excepción, gubernamentalidad o biopolítica se han venido incorporando insistentemente en el vocabulario académico para dar cuenta de nuevas dinámicas en sociedades como las latinoamericanas, que experimentan procesos políticos, sociales y culturales novedosos; procesos que cuestionan la viabilidad de los paradigmas que

usualmente empleamos para comprenderlos y explicarlos.

Es aquí, en el dominio de la búsqueda de nuevos marcos teóricos, donde emergen obras como *Necropolítica: violencia y excepción en América Latina*. Este libro, coordinado por Antonio Fuentes, resulta muy pertinente en el contexto académico mexicano, pues asume el reto de ampliar las coordenadas de discusión y diálogo conceptual acerca de los temas ya señalados, en su entrecruzamiento con otros igualmente importantes, como el comportamiento regional de las violencias, las acciones o inacciones de gobierno o las concepciones sobre la vida y la muerte. Hablaré, primeramente y de forma sintética, de la integración y organización de la obra y, en un segundo momento, de sus alcances para incentivar el diálogo al interior de las ciencias sociales y humanas sobre los recientes, cambiantes y por demás complejos procesos en materia de convivencia, violencia, vida y gobierno.

El libro en cuestión tiene su principal antecedente en la realización del Primer Coloquio Internacional de Biopolítica realizado en Buenos Aires, Argentina, donde varios académicos se reunieron para discutir en torno a las

dinámicas de violencia en la región latinoamericana. Lo hicieron a través de una matriz conceptual compleja, que convoca al pensamiento de Michel Foucault, Giorgio Agamben, Achille Mbembe, entre otros, que son referencias fundamentales en el pensamiento social contemporáneo, sea para acordar con ellos, debatir con ellos o pensar a través de ellos.

*Necropolítica: violencia y excepción en América Latina* se compone de seis capítulos, más una introducción; el primer texto lleva por título “Necropolítica: los aportes de Mbembe para atender la violencia contemporánea” y fue escrito por Andrea Ivanna Gigena, académica de origen argentino. Es un texto de aproximación conceptual que somete a revisión la noción de biopoder, de Foucault, a la luz de la noción de necropolítica de Mbembe, académico de origen camerunés. Recurriendo a cuestionamientos en clave poscolonial y descolonial, se busca identificar los límites de la herencia eurocéntrica para pensar ciertas formas de violencia, soberanía y gobierno, instaurados, por ejemplo, a través de la experiencia colonial.

El segundo texto es “Necropolítica y Excepción: apuntes sobre violencia, gobierno y subjetividad en México y Centroamérica”, escrito por Antonio Fuentes Díaz, académico mexicano y editor de la obra. El texto presenta una lectura interesante acerca de la proliferación de la violencia en México, Guatemala y El Salvador. Para esto,

toma como referencia teórica central la noción de “necropolítica”, a la cual define como una tecnología de poder que se vincula con la excepcionalidad de la gubernamentalidad contemporánea. En su discusión, la “guerra contra el narcotráfico” o los linchamientos y asesinatos de las maras serían manifestaciones de una necropolítica funcional que presupone a su vez estrategias y prácticas que se entrelazan en la denegación/expulsión de la población.

El tercer capítulo del libro es de Myrna Bilder, radicada en Argentina, y lleva por título “Foucault: Biopolítica, tanatopolítica y racismo desde el concepto de gobierno”. Aquí se propone analizar el racismo como una tecnología del poder más que como una consecuencia derivada de la *biopolítica*. En la exposición, se apunta que experiencias como el racismo o el campo de concentración muestran que la *biopolítica* devino en realidad en *tanatopolítica*: una administración de la vida que requiere de la muerte y que reta algunos de los principales postulados del núcleo ideológico de la modernidad.

El cuarto texto se titula “Politización de la Violencia” y su autora es Natatxa Carreras, de México. Es un escrito donde la discusión de la violencia, el gobierno y la excepción se vinculan con la mirada psicoanalítica, concretamente con las nociones de *Edipo* y *significante*, en su función y límites, como figuras de totalidad en camino a discutir la incidencia de la violencia en la constitución psíquica de los sujetos

cotidianos. Entre otras cosas, la autora explora el peso que el neoliberalismo tiene en la reestructuración de subjetividades contemporáneas basadas en el consumo o el narcisismo.

En su capítulo, Mónica Zuleta, radicada en Colombia, habla de “El reconocimiento cruel como técnica de subjetividad”. Aborda en particular el reconocimiento atestiguado en el caso colombiano, donde acontecimientos como la guerra, el tráfico de la muerte y otras dinámicas llevaron a su país de la “coacción a la libertad”, con base en cálculos de *costo-beneficio*, con procedimientos y consecuencias controvertibles al desplegarse en los límites de la ilegalidad, el amedrentamiento y las nuevas formas de contacto con la muerte. En este escrito es posible observar una de las grandes paradojas de sociedades tardo-modernas: *la concreción política de la libertad a través de la muerte*.

El último capítulo de la obra se titula “Biopolítica y Vida. Lectura en Clave de Colonialidad/Descolonialidad”, de Pablo Farneda. Como indica el título, el autor se interesa por mostrar cómo la *biopolítica* se funda en la conquista y la colonización de América a través de procedimientos como el genocidio; sobre esta base, lanza nuevas preguntas sobre la interpretación del cuerpo y la vida a partir de referentes culturales latinoamericanos. Hay que decir, como dato interesante, que este texto y el de Zuleta comparten referencias al pensamiento deleuzeano, el cual resulta

productivo para incorporar el siempre complejo proceso de producción deseante en la explicación de la conformación de la subjetividad.

Frente a este cuadro general, plantearé algunas reflexiones sobre la pertinencia y alcance de la obra comentada. Primeramente, como adelanté párrafos atrás, la propuesta general del texto me parece un acierto, pues pone en juego conceptos teóricos muy interesantes a la luz de algunas dinámicas sociales regionales contemporáneas por demás complejas y dramáticas. Es una discusión teórica, pero con varios referentes puntuales, algunos contemporáneos y otros de larga trayectoria histórica que resultan clave para una comprensión sistémica, si bien no unificadora, de nuestras sociedades latinoamericanas.

Es importante señalar que nociones o conceptos como *biopolítica*, *estado de excepción*, *necropolítica* son complejos en sí mismos, pues su producción ha implicado la superposición de planos disciplinares y analíticos cuya articulación requiere mediaciones intelectuales, discursivas, que no son de fácil acceso. Son construcciones que suponen tomar cierta distancia de la objetividad, de la empiricidad de los objetos o de las relaciones que se trata de abordar con ellas.

En estas nociones convergen, asimismo, como se muestra en el libro en cuestión, ideas y debates acerca de la seguridad y la violencia, así como sobre el funcionamiento de la ley y de las instancias de gobierno, que son objeto de

análisis de diversas disciplinas, no siempre en diálogo. Así, usarlas para pensar implica ir más allá de, por ejemplo, la divisiones disciplinarias básicas y los esquemas estatistas, normativos o racionalistas, que regulan varias conversaciones sobre la fuerza o legitimidad de la ley o sobre la relación entre estado, gobierno y ciudadano, o también de las perspectivas legalistas, moralistas o contractualistas, que tienden a regular las discusiones sobre la construcción de los vínculos sociales.

Pensar en la clave que proponen los autores implica, pues, incorporar en la discusión referencias provenientes de la filosofía no fundacional, las críticas al psicoanálisis de corte estructural edípico, y recuperar las perspectivas policéntricas del poder y el carácter abierto, siempre en disputa de las subjetividades y de las identidades, lo que supone una empresa intelectual nada sencilla.

Ahora bien, es importante reconocer, además, que los conceptos que anudan el libro han sido medianamente conocidos, en pocos casos profundizados en muchos contextos, con lo que su recuperación está siempre en los bordes de posibles malas interpretaciones. Asimismo, han estado en el centro de diversas controversias teóricas y disciplinares en la medida que su recuperación puede parecer forzada, bien para el momento histórico contemporáneo, bien para contextos sociales y políticos como los latinoamericanos.

Usar la idea del “campo de concentración” como un referente para explicar una nueva racionalidad en la producción y el desecho de la vida, por ejemplo, puede parecer fuera de proporción para algunos especialistas en tanto ha operado en contextos y circunstancias muy específicas en la historia de la humanidad. Lo mismo va para la tradicional figura del “estado de excepción” o la idea misma de la necropolítica y el necropoder. Pero esta salvedad, pertinente desde una mirada gubernativa o legal más tradicional, se vuelve difusa si en su recuperación se consideran las dimensiones éticas, ontológicas o culturales que median su construcción, y más aún, si se busca trazar su impacto para la racionalidad moderna, y sus variaciones occidentales y no occidentales.

En los textos incluidos en *Necropolítica: violencia y excepción en América Latina*, se hacen presentes nociones como *inmanencia* o la idea misma de *deseo*, de *maquinación*, de *producción*; con ellas se trata de explorar los límites y las nuevas rutas de discusión de la objetividad de las violencias y de su construcción ontológica en los discursos sobre los derechos, las subjetividades o la seguridad humana. Desde una perspectiva que desplaza el límite teórico tradicional del Estado moderno, queda clara la necesidad de poner en suspenso, de limpiar la mesa de muchas concepciones vigentes y, en consecuencia, de avanzar nuevas interpretaciones que, por supuesto, pueden ser incómodas y,

eventualmente, mostrar alcances limitados.

Al respecto, tomando como referencia tanto el análisis realizado por los autores de la obra comentada, como el realizado por otros especialistas en otras regiones del mundo, me parece que la empresa académica plasmada en *Necropolítica: violencia y excepción en América Latina*, los temas y los conceptos, son muy pertinentes; es viable trabajar en ellos, pues permiten descentrar algunas de las tendencias explicativas dominantes a cerca de la violencia, del gobierno o de las relaciones de poder. Nociones tradicionales de soberanía, estado, seguridad no alcanzan para explicar ciertos fenómenos como las ejecuciones, su publicidad y su consumo virtual; la autoprotección, el espionaje, el acoso o el tatuaje digital; o la forma en que los estados y los mismos ciudadanos tratamos a los millones de personas que viven como “inmigrantes ilegales” generando riqueza y participando de los circuitos de consumo, pero sin tener derechos civiles plenos. Estos fenómenos requieren nuevos referentes y mediaciones teóricas que permitan nuevas y más complejas revisiones de los marcos teóricos y de los referentes empíricos que constituyen los objetos de estudio de las ciencias sociales contemporáneas. En este sentido, si bien la obra tiene una fuerte carga teórica, me parece que sus implicaciones traspasan su interesante alcance intelectual.

Ahora bien, a partir de lo plasmado en el libro, encuentro pertinente hacer algunos cuestionamientos que, por

supuesto, remiten a las preocupaciones del lector, y no necesariamente deben hallar respuesta en la obra; en todo caso, pueden servir para continuar el diálogo. Así pues, el conjunto de los capítulos otorgan gran importancia al peso del Estado en la producción biopolítica, y de pronto parecen borrarse aspectos interesantes, como los agentes no-estatales, así como la capacidad de agencia de algunos actores en su tránsito a “emerger sujetos” de la violencia. Esta observación me parece pertinente porque en ninguna sociedad el Estado logra “ocupar” ni simbólicamente ni físicamente la totalidad del territorio, más aún, es constantemente cuestionado en su tarea, lo cual lo obliga a sofisticar su actuación, que no siempre resulta efectiva. Esta dimensión, que me pareció poco elaborada en la obra, puede ser una interesante veta para continuar este tipo de análisis conceptuales.

Algo parecido ocurre con el tema del conocimiento. La emergencia de estados que administran la vida y la muerte de forma cada vez más sofisticada, el paso a sociedades de control biopolítico, requiere la sofisticación de diferentes tipos de conocimiento y su aplicación en forma de tecnologías masivas en la producción de la vida social. Conocimientos sobre el cuerpo, la cognición, la administración, el saber informático, el saber social, la información acerca del consumo y el gasto corporativo y familiar sobre las aspiraciones y los sueños alienados a las marcas y la publicidad, deben ser referencia cuando se trata de avanzar

explicaciones sobre la política orientada a regular la vida y la muerte, tanto en su dimensión óptica como en su dimensión ontológica. En el libro, este tema aparece poco referido y sería interesantísimo avanzar una discusión en esta clave.

No menos importante me parece el tema del alcance del neoliberalismo, sobre todo en su dimensión económica, para explicar los comportamientos, las relaciones, y proveer, en su caso, una matriz de racionalización en la administración de la muerte y la vida, muy presente en libro que aquí resumo. No son pocos los foros, las publicaciones, los espacios académicos y mediáticos donde el neoliberalismo y algunas de sus facetas más evidentes se usan como el principal referente explicativo para pensar los complejos procesos de cambio social, en particular en vena descriptiva. Sin embargo, y a pesar de que esto tiene fundamentos, a pesar de las agresivas olas de liberación mercantil y financiera, a pesar de su clara incidencia en la producción de seres de consumo, de estructuras efímeras, me parece que es también necesario desmontar, descentrar y relativizar el peso que se le otorga en la explicación de, por ejemplo, las dinámicas contemporáneas de las violencias: hay otros procesos que anteceden o corren paralelos al proceso de liberalización escalar contemporáneo que requerimos observar. Y precisamente, parte de la virtud de este tipo de obras es que nos pueden ayudar a caminar en esta línea.

Como en todos los libros, en éste hay expresiones muy interesantes, pero controvertibles, que pueden incentivar la conversación; por ejemplo, se afirma con mayor o menor contundencia que ciertas poblaciones, como los inmigrantes o los empleados informales, son “dispensables”, vidas que se pueden “desechar” en la medida que son baratas y excedentes. No obstante, también es verdad que ellos, esos mismos cuerpos vistos en masa, producen y hacen circular grandes cantidades de dinero; consumen en grandes cantidades algo de lo que producen; inclusive, directa o indirectamente pagan impuestos y forman parte del entramado de regulación social; por lo tanto, su “desechabilidad” es por demás relativa. ¿Qué sería de la vida de las grandes transnacionales, de las grandes urbes, sin esa masa poblacional aparentemente desechable?

Como anticipé líneas arriba, no es posible dejar de pensar en el papel de las tecnologías de información y comunicación en las sociedades contemporáneas. Como ciudadano de uno de los países más violentos del mundo, como investigador de asuntos sociales complejos, reconozco con felicidad que no he visto un solo cuerpo de ejecutado o decapitado en primera fila; no he atestiguado ese drama de la vida y la muerte en tesitura de violencia criminal, pero sí he visto demasiadas, tal vez cientos de escenas violentas de forma digital; formo parte, vivo de primera mano la espectacularidad digital, virtualizada, de las nuevas dinámicas de

la vida y la muerte. El impacto de tal sobreexposición ha sido y continúa siendo fuerte en mi conformación como sujeto social. Veo y formo parte, entonces, de la emergencia de nuevos territorios simbólicos, de nuevas codificaciones que guían la producción, la significación y subjetivación en torno a la violencia mediada por las tecnologías virtuales, acerca de las que también podríamos teorizar desde una perspectiva bio, tanato y necropolítica.

Finalmente, concuerdo con una de las tesis básicas del libro: hoy día, hacer política implica nuevas formas de administración de la vida y de la muerte, pero debemos recordar que la política no solo la “hace el Estado”, sino una multiplicidad de agentes, actores y sujetos estatales y no estatales en disputa, a los cuales requerimos incorporar en el diagrama de nuestras explicaciones sobre la producción y transformación del tejido social.